Dinner noche de reina

9063

BIBLIOTECA DRAMATICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID Y PROVINCIAS.

Precio reales.

Se venden en *Madrid* librería de Cuesta, calle de Carretas, número 9, y en *Provincias* en casa de sus corresponsales.

27

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/laprimersicnoche24627offe

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

LA PRIMER NOCHE DE NOVIOS,

ZARZUELA BUFA EN UN ACTO,

ARREGLADA Á NUESTRA ESCENA POR LOS SEÑORES

GRANÉS Y LALAMA,

CON

MUSICA DE OFFENBACH.

Para representarse en Madrid, en el teatro de la Zarzuela (Jovellanos), el año de 1871.

CUATRO REALES.

MADRID:
IMPRENTA DE G. ALHAMBRA,
CALLE DE S. BERNARDO, 73.
1871.

PERSONAJES.	ACTORES
FRANCISCO, *miquelete*.....	Sr. Miró.
JUAN JOSÉ, *labrador*.....	Sr. Loitia.
MARGARITA.....	Señorita Velasco.

La accion es en Guipúzcoa, orillas del Vidasoa: época actual.

ADVERTENCIAS.

Es propiedad del Editor; queda hecho el depósito que marca la ley.

Para la música, dirigirse á D. Francisco Sedó, *calle de Jesus y María, núm. 4, piso cuarto, Madrid*; quien se encargará de remitirla, mediante el pago adelantado; puede proporcionar partituras de canto y piano para los *Cafés cantantes*, y partes de orquestas para aquellas empresas que lo soliciten. Expresad con claridad lo que se desea, á fin de avisar el coste que tiene la música.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa un caserio de las provincias vascongadas, entre Irun y el Vidasoa.—Al fondo ventana á la izquierda, y puerta de entrada á la derecha, que ambas dan al campo. En segundo término, á la derecha, una cama cubierta con cortinas, que la ocultan. En primer término, al mismo lado, un reloj de pared ordinario; tambien en primer término, la puerta que figura ser de la cueva Mesa y sillas de pino, y encima de aquella un belon encendido, y una bandeja con vasos.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, *en traje de boda, á estilo del país. Al levantarse el telon, aparece asomada á la ventana, y enjugándose los ojos. El reloj dá la una.*

MAR. La una de la mañana y Juan José no viene!.. Quién sabe si jamás volverá!.. Dios mio, que desgraciada soy! Puede encontrarse ninguna mujer en la situacion en que yo me encuentro? Yo, Margarita Goicoechea, jóven de diez y siete años, no mal parecida, segun dice mi guison, é inocente como una paloma, aun cuando me esté mal el decirlo, me enamoré de un honrado labrador llamado Juan José Arizqueta, buen chico tambien, pero no tan inocente. Soy huérfana, y escepto un primo, mis demás parientes estan en Navarra, lo cual le agradó sobre manera á Juan. Esta circunstancia, unida al amor que nos profesamos, le decidió á casarse conmigo. Yo estaba sirviendo en un caserío, un cuarto de legua de aquí. Esta mañana, al rayar el dia, bajamos al pueblo de Irun, seguidos de los padrinos y demás amigos, á celebrar nuestro casamiento; nos echan las bendiciones; y apenas vamos á la posada, y tomamos un ligero desayuno, cuando mas engolfados estaban nuestros amigos, Juan me llama aparte, y sacándome á la calle, me toma de la mano, y á toda prisa me trae á esta casa; donde pretestando un asunto de la mayor urgencia, me deja encerrada, asegurándome que volveria al momento... Trece horas hace que lo estoy esperando, y nadie se divisa por el camino

~~64391~~ 668530

que conduce á esta casa. . (*se asoma.*) Nada, no se siente el menor ruido!.. Dios mio, qué vá á ser de mi!

MUSICA.

Esta es, ay! Dios! aquella dulce noche
que yo esperé con grata turbacion!
Hoy que me veo, esposa sin esposo,
mi casto sueño envidiaria yo.
Juan no vendrá; quién pudo imaginarse
que huyera hoy, quien tanto amor juró?
El que obra así, la noche de sus bodas,
que hará, ay! de mí! pasado un año ó dos?
Tu sino es padecer,
renuncia, Margarita,
al placer,
del amor.

HABLADO.

MAR. (*Oyendo dar las dos en el reló.*) Ya las dos!.. Ah! Juan, eras tú el que decias que me amabas! (*llorando.*) Ji, ji, ji! Te burlabas de mí! Ji, ji, ji! Por qué me has engañado? (*Llorando cada vez mas fuerte. Francisco aparece en la ventana del fondo, y se apoya en ella mientras habla.*)

FRAN. (*Con uniforme de miquelete de Guipúzcoa, que consiste en pantalon y capote azul celeste, con esclavina, cinturon negro y boina encarnada.*) Qué tienes, prima mia, por qué estás llorando tan estrepitosamente, en términos que se oyen tus quejidos desde allá abajo, en el camino?

MAR. Francisco, eras tú?

FRAN. Si sigues de ese modo, vas á poner en movimiento á todos los miqueletes de la provincia.

MAR. Pero, primo, cómo vienes por estos sitios, y á estas horas?

FRAN. No hay hora para los bravos miqueletes de Guipúzcoa, á cuyo cuerpo tengo el honor de pertenecer; estamos vigilando por esta parte de Irun, á fin de evitar que los paqueteros introduzcan su contrabando.

MAR. No me dijiste esta mañana, que te tocaba de servicio en la casa consistorial?

FRAN. Sí.

MAR. Pues cómo estás por estos montes de la parte del Vidasoa?

FRAN. He cambiado con un compañero, solo por el gusto de velar tu sueño. He visto luz desde esa vereda de abajo, y como mi deber de miquelete, es meterme siempre en lo que no me importa, y tu desaparicion de la posada esta mañana, llamó nuestra atencion, me dije

para mi caletre... Qué hará mi prima? Qué habrá sido de ella?.. Y pian, pianino... me encamine hácia aquí..— y nada mas. (*Con intencion.*) No ha venido todavía tu marido?

MAR. No. Desde que me encerró esta mañana, diciéndome que al momento volvería, no le he vuelto á ver mas.

FRAN. Conque te encerró? Entonces me veré obligado á entrar por la ventana. (*Entra por la ventana, volviendo luego á cerrarla.*)

MAR. Qué haces?

FRAN. (*Sentándose.*) Ya lo ves.

MAR. Cómo! Pensarás acaso permanecer aquí?

FRAN. Sí: tengo que hacerte revelaciones importantes.

MAR. Es que Juan vá á venir, y si te encuentra en su casa á tal hora, no sé lo que vá á pensar de mí.

FRAN. No tengas miedo; tu hombre no vendrá.

MAR. Que no vendrá, dices?

FRAN. Yo te lo afirmo. (*Con socarronería y mala intencion, como dando doble sentido á sus palabras.*) Juan es un corredor... de aventuras nocturnas; y la prueba está, en que yo y mis compañeros, le hemos encontrado muchas veces, yendo á sus belenes.

MAR. Estás loco! Aun cuando mi Juan hubiese sido, como tú dices, aficionado á ir de mesetas con sus amigos, crees que lo hiciese la primer noche de su boda?

FRAN. Inocente!.. y la costumbre? No sabes que es en nosotros una segunda naturaleza?.. Y en fin, la costumbre... como ello mismo lo está diciendo... es la costumbre!

MAR. Calla, mal pensado!. El irse de bureo! Galantear á otra mujer que á su Margarita! Eso es falso, señor Francisco!.. (Cielos! Si por acaso fuese verdad!..) (*Comienza á llorar de nuevo.*)

FRAN. Otra vez lagrimitas!.. Vamos, tonta, no llores!.. Qué diablos! Tú tuviste la culpa! Preferirle á tu primo, un gallardo miquelete, jóven honrado y laborioso, y dejarle por un haragan como Juan, que se pasa el dia durmiendo, y de noche se marcha á picos pardos...

MAR. (*Llorando.*) Dónde estará, Dios mio, dónde estará? (*Vá hácia la ventana.*)

FRAN. Dale con llorar! Te has propuesto matarme á pesadumbres?., Voto á mil bombas! Pues no estoy yo haciendo pucheros! Ji, ji, ji... Yo! un miquelete! La gloria de la provincia!.. Ji, ji, ji! Vamos, Márgara, consuélate... no llores... que para eso he venido aquí.. yo propio... por mí mismo... personalmente...

MUSICA.

No llores mas, no llores mas,
porque ese llanto pone rojos
tus hechiceros claros ojos,
y á ajar tus gracias vá quizás;
no llores mas.
Yo de tu esposo en la ausencia
quiero calmar tu impaciencia,
y sé que al fin le olvidarás;
no llores mas,
no llores mas.
Llorando así, pesar me dás;
prima, por Dios, no llores mas,
Llorando así, pesar me dás;
prima, por Dios, no llores mas,
no llores mas.

HABLADO.

MAR. Ah! Francisco, nunca lo hubiese creido de tí!... Es muy poco generoso... es indigno de un corazon noble, el decir semejantes cosas, cuando me vés afligida!

FRAN. Pero, mujer, mírame al menos!.. No has reparado en mi uniforme... en este aire marcial... (*Se pasea.*) y en esta voina, con las armas de la provincia? Qué mujer podria dejar de amar á un hombre que lléva una chapa de color de oro en su voina, y tan relumbrantes botones en su capote? Es necesario no tener ojos en la cara! Qué mas puedes desear?

MAR. Deseo... que te marches al momento; vá á venir Juan, y ya sabes que gasta malas pulgas.

FRAN. Prima, hablas de veras?

MAR. Y tan de veras como lo digo.

FRAN. (*Queriendo tomarla una mano.*) Querida Margarita... (*Se oye la voz de Juan, que tararea un zorzico ó alguna cancion.*)

MAR. Oyes? Ya le tienes ahí! Creo que con la alegria de oir su voz, se me oprime el corazon! (*Se sienta.*)

FRAN. (*Azorado, y yendo de un lado á otro por el teatro.*) Pues yo no me siento bien! (Demoniua! No le esperaba tan pronto! Este Juan José es tan bárbaro! Tiene unos puños!.,) Dime, prima, dónde me esconderé? (*Viendo la puerta de la cueva.*) Ah! en la cuadra... entre las vacas... Allí no me encontrará, y podré volver cuando se acueste, para salir por la ventana! (*Entra en la cueva, y se oculta.*)

ESCENA III.

JUAN, *que abre la puerta del fondo con la llave que trae, y entra. Viene cubierto con un capote de monte, y trae al cinto un par de pistolas y un cuchillo.* MARGARITA, *que vá á su encuentro, lo abraza.*

MUSICA.

JUAN. Soy yo.
MAR. Es él!
JUAN. Al fin ya puedo, en mi alegria,
volver á contemplar tu rostro encantador,
y darte puedo ya cien besos, vida mia,
y el premio recibir de mi acendrado amor.
MAR. Señor Juan, el marido que á su esposa adora,
no se vá así, jamás, dejando á su mujer;
ni el dia que uno se casa, se pasa hasta esta hora,
sin venir á dormir, siendo tal su deber.
JUAN. Me riñes con razon; es cierto que he tardado;
mas te juro con verdad, que el retraso yo sentí,
y en todo el dia de hoy, ni un solo instante he estado
sin verte en mi ilusion, soñando estar aquí.
Sin verte en mi ilusion, etc.
MAR. Mas fácil de decir, que de probar es eso.
JUAN. Un solo beso, dulce bien, es ya mi afan.
Siquiera por piedad, dame ya el primer beso.
MAR. No, no.
JUAN. Si, si.
MAR. Besos no se dán.
JUAN. Uno, ay Dios!
MAR. Y despues...
JUAN. (*Besando su mano.*) Mi bien!..
MAR. Pedirás dos.
JUAN. Uno, ay Dios! (*La atrae á sus brazos y la estrecha en ellos.*)
Mil veces, voto á tal!
me he visto en caso igual.
Mas nunca, extraña cosa!
sentí la conmocion
que hoy dá á mi corazon
el beso de mi esposa.
Oh! qué emocion!
qué sensacion tan deliciosa!
MAR. Qué emocion!
JUAN. Qué emocion!
MAR. Qué emocion!
JUAN. Qué emocion!

trastornó, trastornó { mi razon.
MAR. { Qué emocion!

JUAN. No pude comprender
el gozo y el placer,
y el colmo de delicias
que dá con sus caricias
á un hombre su mujer.
Hoy sé ya comprender
el colmo de delicias
que mi mujer
me dá con sus caricias.

MAR. Qué placer!

JUAN. Qué placer!

MAR. Qué emocion!

JUAN. Que emocion!

MAR. Qué placer!

JUAN. Qué emocion trastornó { mi razon.
MAR. { Qué emocion!

JUAN. Mas dí, qué has hecho, esposa mia,
mientras yo no estuve aquí?

MAR. Ver del reló la marcha impía
y sin cesar pensar en tí.
Mas tú tambien, dime, te ruego,
qué es lo que hiciste por allá?
Te lo diré, bien mio, luego.
Ahora hay un asunto mas urgente que tratar.
Ya estoy aquí, vida mia...

MAR. Y bien me hiciste esperar.

JUAN. Desde hoy, mi compañía
nunca ya te abandonará.

LOS DOS. Ah! qué placer, siendo dos,
es vivir en grata calma,
del ideal, corriendo en pos.
Ah! que placer! Siendo dos.

JUAN. Cuando dos se quieren bien,
y no tienen mas que un alma,
su cariño solo vén
y su vida es un Edén.

LOS DOS. Ah! qué placer, siendo dos, etc.

JUAN. Con tan dulce y bella esposa
cuán feliz desde ahora soy.

MAR. Mi ilusion mas venturosa
ya realizada veo hoy.

LOS DOS. Ah! que placer siendo dos, etc.

ESCENA IV.

Dichos, Francisco.

HABLADO.

Fran. (*Volviendo á aparecer en la escalera de la cueva, con una botella en la mano, y bebiendo durante toda la escena.*) Pues señor, ya he tropezado con esta prógima... (*por la botella,*) menos recalcitrante, puesto que no rechaza mis cariñosos besos...

Mar. (Dios mio!... Y Francisco que nos estará escuchando! Ya le habia olvidado.)

Juan. Qué tienes, Margarita?

Mar. (Si pudiera encontrar un medio para hacerle escapar!...)

Juan. (*Que se ha quitado el capote, y aparece con las pistolas y el puñal que lleva al cinto.*) No me respondes, querida?

Mar. (*Volviéndose y reparando en las armas.*) No; ni te responderé, hasta tanto que me aclares tu conducta de hoy, y me espliques por qué llevas esas armas.

Juan. (*Haciendo ademan de abrazarla.*) Mas me gustaria darte otro género de esplicaciones!

Mar. (*Llevándole donde esta la mesa y señalándole la silla que está de espaldas á la puerta de la cueva, mientras ella se sienta en la otra.*) No, no permito nada, antes de que te sientes ahí, y me lo confieses todo.

Juan Tú lo quieres, Margarita?... (Así como así, lo ha de saber!...) (*Se sienta.*) Ya ves que soy un marido obediente.

Mar. Así me gustas. (*Levantándose.*) Hace mucho calor... no es verdad? (*Abre lo ventana hablando mas alto.*) Abriré la ventana... (*Mirando hácia el lado de la cueva.*) Ahora, á ver cómo sales del atolladero.

Juan. Sí; pero lo que tengo que decirte, no pueden oirlo los vecinos. (*Vuelve á cerrar la ventana, y se sienta otra vez.*)

Fran. (Pues señor, me obliga herméticamente, á participar de sus secretos.)

Juan. Aun cuando hubiese preferido no hacerte esta revelacion hasta mañana, escucha, Margarita. (*Mirándola con expresion cariñosa.*) Además, como la felicidad ya no puede escapársenos, hay cierto placer en retardar el momento de la explosion.

Mar. Sabes que te esplicas muy bien, Juan?

Juan. Como que no soy tan bruto como los que te hacian la corte; como tu primo el miquelete, por ejemplo.

Fran. (Pero señor, que la vanidad ciegue de este modo á

los hombres!) (*Durante lo que sigue, Francisco se mantiene oculto á la vista del espectador.*)

JUAN. Mi tio, que era el mas rico labrador de estos caseríos, me hizo educar en Madrid, costeándome los estudios. Pero yo, en vez de estudiar, me dediqué á esa vida de crápula, que llevan allí tantos jóvenes. Un dia, abrumado de deudas, falto de salud, y sin recursos de ningun género, regresé á esta pobre morada, que nunca debí haber abandonado. Mi padre habia muerto, y mi madre... mi madre estaba próxima á seguirle. Tú no sabes, Margarita, lo que experimenta un hombre que se ha hecho un perdido, casi un miserable, cuando se vé ante el lecho de su madre, que esta espirando. Por muerto que tenga su corazon, le siente resucitar. No se habla entonces, se llora... y yo lloré!... (*Juan llora;— Margarita se levanta, y le enjuga los ojos con su pañuelo.*)

FRAN. (*Apareciendo de nuevo.*) (Qué bribon mas redomado es este Juan! (*Se enjuga una lágrima.*) Afortunadamente tiene buen vino! (*Empina la botella.*)

JUAN. En fin, habiéndose terminado el camino de hierro, y no encontrando trabajo, unos amigos me propusieron asociarme con ellos para introducir contrabando desde Bayona hasta San Sebastian y Tolosa, y admití su proposicion; de dia aparento trabajar en el cultivo del campo, y por la noche me dedico... (*Pone sus pistolas sobre la mesa.*)

MAR A qué?...

FRAN. (Canta... canta... No te detengas por mí... Crees que lo ignoro?)

MAR. En fin, á qué te dedicas?

JUAN. A introducir fardos de géneros, con mis camaradas.

MAR. Gran Dios! Correr tantos peligros!

JUAN. Ocultártelo ha sido mi única falta, Margarita; pero te amaba... te amo tanto, que temí perder tu cariño. Ayer solo era un hombre, hoy valgo por diez, porque me siento amado. Mírame, Margarita, cómo sondean mis ojos tu corazon, al decirte: te amo!... te amo!...

FRAN. (Daria cualquier cosa, por encontrarme á cien leguas de aquí!)

MAR. (Dios mio!... Es paquetero, y mi primo lo está oyendo!)

JUAN. (*Volviéndose á sentar.*) Hoy, Margarita, ni podia ni debia retardar nuestro casamiento; ni podia tampoco dejar de pasar un cargamento de mercancías, só pena de comprometer á mis amigos. Cuando me separé de tí esta mañana, fuí en su busca, y cargados como mulos, logramos introducir los fardos en aquel caserío que se

divisa desde aqui.... (*Señales de temor en Margarita.*) Nada temas; al amanecer todo estará en seguridad. Dejé allí á mis compañeros, para volar junto á ti, porque al fin, ya estoy casado...

FRAN. (Qué es lo que dice? Vaya un golpe que se presenta!... Y estar aqui prisionero!...)

MAR. (*Que durante las últimas palabras de Juan, ha manifestado inquietud, mirando á la cueva, y haciéndole señas para que se calle.*) Juan, es necesario que por mi amor renuncies al oficio de contrabandista.

JUAN. Renunciar!... Margarita, pídeme cualquier otra cosa menos que renuncie á esa vida..

MUSICA.

Contrabandista! No hay mejor carrera,
no hay una vida de mas emocion.
Para lanzarse al oficio, siquiera,
se necesita tener corazon.
Ved cual vuela,
Ved cual vuela;
en su noble corcel
ensangrienta la espuela.
Es el contrabandista!
Siguiendo ván su pista
mas no darán con él.
Allá vá en su corcel,
no darán con él.
Allá vá en su corcel,
no darán con él!
Corre más él,
corre más él.
Contrabandista! No hay mejor carrera,
no hay una vida de mas emocion.
Para lanzarse al oficio, siquiera,
se necesita tener corazon.

HABLADO.

MAR. (*Que ha dado señales de inquietud cada vez mas visibles.*) Cállate Juan! En el nombre del cielo... cállate! (Francisco vá á denunciarle, estoy segura.)

JUAN. Pero por qué manifiestas tanto empeño en que me calle?... No estoy en mi casa?... No me franqueo con mi esposa?... Entonces, dime, qué tengo que temer?

MAR. Al contrario! (*Como involuntariamente.*)

JUAN. Eh?... Cómo?... (*Con un tono diferente.*) (Qué le pasa?... Dos veces me ha hecho señal de silencio! Dos veces tambien se ha turbado. Há poco huyó de mis

brazos... Por qué fué antes á abrir esa ventana?...) (*Alto y con tono imperioso.*) Margarita!...

MAR. Juan.

JUAN. Ya es hora de descansar... Este es tu cuarto.. acuéstate.

MAR. No... no... no puedo... no puedo...

JUAN. (Maldicion! Alguien hay escondido en el caserío. (*Mirando á su alrededor.*) Pero dónde?... En ese armario quizás...) (*Alto.*) Margarita, vé á abrir ese armario y saca...

MAR. Voy... (*Dirigiéndose hácia él.*)

JUAN. No, es inútil... (No está en él!) (*Señalando en la izquierda.*) Vé á buscarme mis alpargatas en aquel cuarto... (*Margarita se dirige hácia la puerta del cuarto.*) No; ya no las quiero. (*Mirando alternativamente á la puerta de la cueva y á Margarita.*) Tengo sed... baja por una botella á la cueva.

FRAN. Caracoles!... Qué incidente amenaza mi existencia?

MAR. (*Turbada.*) Es que... hay muchos escalones, Juan, y está á oscuras...

JUAN. (Ahí está! (*Cayendo desfallecido.*) En mi casa!... En mi casa!... La noche de mi boda!...

MAR. (*Acercándose á él con dulzura.*) Juan...

JUAN. (*Con ira.*) Déjame! (Será Andrés ó Felipe?... Los dos la aman... Ambos son jóvenes y honrados y... Valen cien veces mas que yo!... Cuál de ellos habrá osado?... Ah! no importa... Sea quien sea... (*Dando un puñetazo en la mesa.*) le mataré!)

MAR. Juan, no me mires de ese modo... Me dás miedo!...

FRAN. (Pues á mí tampoco me dá gusto el tal primo.

JUAN. (*Mirando fijamente á Margarita.*) Cuando te aconsejaban que no te casases conmigo, te dirian que yo soy capaz de todo... no es verdad?... Hasta de matar á un hombre. (*Silencio.*) Te lo han dicho!

MAR. (*En voz baja.*) Si, Juan.

JUAN. Pues bien; ahora vas á saber, si te han dicho la verdad.

(*Toma su puñal en una mano, la luz en la otra, y se dirije hácia la puerta de la cueva.*)

MAR. Juan!... A dónde vas?

JUAN. (*Deteniéndose.*) Ya lo ves. A buscar el vino en la cueva.

MAR. (*Con voz suplicante.*) Juan!..

JUAN. (*Volviéndose en el momento de ir á abrir la puerta, y con una calma glacial.*) Voy á buscar el vino. (*Abre la puerta.*)

MAR. Dios mio!

FRAN. (*Saliendo de la cueva.*) Eh!.. Soy yo, primo!.. Qué tal te vá?..

JUAN. Francisco! (*Rompiendo á reir, y quitándole la botella.*) Já! já! já! Perdóname... Margarita. (*La abraza.*) No es de este pobré diablo, de quien yo podré estar jamás celoso!.. Já! já! já! (*Se echa un vaso de vino y se lo bebe.*) Pobre primo Francisco! Sirvele de beber, Margarita.

FRAN. Juan, eres propietario de un buen humor, por lo cual te felicito!

JUAN. (*Como á sí mismo.*) Pero... ahora caigo!.. La vista de este imbécil me tranquiliza respecto á mi mujer; mas no llego á comprender, como se encontraba ahí. Es miquelete, y debe haber visto los paquetes de géneros que se ocultan en la cueva.

FRAN. (*Brindando.*) A tu salud, primo.

JUAN. (*Continuando sin escucharle.*) (Ha oido mi revelacion á Margarita, y sabe que mis camaradas estan á estas horas, con un cargamento, en el caserio inmediato... Al salir de aquí, vá á denunciarnos... y...

MAR. (*A Juan.*) Esposo mio, yo te esplicaré como Francisco...

FRAN. No, no... Esa esplicacion me concierne á mí... porque visto el caso... pues, por el punto de vista visible...

JUAN. Eh! cállate. No te pregunto lo que hacias en mi cueva, entre dos y tres de la mañana... porque no hay cosa mas natural en el mundo. Todos los dias se vé á un hombre en la cueva de otro hombre, á las tres de la mañana.

FRAN. En efecto, tiene razon; todos los dias...

JUAN. Cállate! Te pregunto solamente, qué tal te ha parecido mi cueva.

FRAN. En cuanto á eso, no puedo decirte mas, sino que tomé la primera botella que me se vino á la mano, en la sombra, en la oscuridad, y que la he permanecido fiel... nocturnamente.

JUAN. (Respiro!.. No ha visto nada. Sin embargo, no conviene dejarle salir. Vaya una noche de boda!)

FRAN. Con que ahora, primo mio, con tu permiso, estrecho tu mano, hago un saludo á tu esposa, y me voy á buscar á mis compañeros, que ya hace tiempo falto de su lado.

MAR. (*Vivamente.*) Anda con Dios, primo; buenas noches.

JUAN. No, antes tenemos los dos que probar mi magnífico vino. Llénale el baso, Margarita.

MAR. Cómo?.. Quieres?..

FRAN. Gracias, primo, gracias. (Es un escelente marido, al menos, para mí. (*Con fatuidad.*) Volveré á verle con frecuencia, siempre que no esté en casa.)

JUAN. Pobre Francisco! Habrá venido á consolar á mi mujercita... que le habrá recibido... no hay que decir cómo. Y al escuchar mi voz, se habrá escondido en la cueva, por respeto á mi persona. Ha sido asi, Margarita?... Ha sido asi, primo?..

MAR. Por la memoria de mi madre, te juro, Juan, que asi ha sido.

JUAN. Qué tal, yo dije bien!.. Ea! bebamos!..

MÚSICA.

JUAN. Las copas llena... así... y reine la alegria.
Primo, tu debes ser
el primero á beber.
Esta copa por mí, y en honor á tal dia,
y apenas vea yo la botella vacia,
la cueva cerca está
y no se agotará.
Bebed, pues: bebamos ya.
El vino dá...

FRAN. El vino dá...

JUAN. Vigor al tierno infante
y á la mujer.

FRAN. Y á la mujer.

JUAN. El vino dá salud.
Del jóven es...

FRAN. Del jóven es...

JUAN. El gran atemperante,
y él dá..

FRAN. Y él dá...

JUAN. Por fin...

FRAN. Por fin...

JUAN. Al viejo juventud.
Piadoso Dios, al hombre le dió el vino
para olvidar las penas y el dolor;
bebiendo, pues, al Hacedor divino
la gratitud mostrámosle mejor.

LOS TRES. Para el alma que en su duelo
busca alivio á su dolor,
un remedio le dió el cielo
y es el vino ó el amor.

HABLADO.

(*A las últimas notas del canto anterior, el resplandor de una luz esterior ilumina la escena, á través de la ventana.*)

MAR. Qué es eso?.. Dios mio!.. Fuego!..

FRAN. Será el fuego de una rastrojera que esté ardiendo.

JUAN. Esa hoguera, es la señal que yo esperaba, querido primo, para dejarte salir de aqui.

FRAN. Cómo?

JUAN. Si, has oido cuanto le dije á Margarita acerca de mis amigos los contrabandistas... Al salir de aqui, podias habernos denunciado, y hacer que cayese en manos de los carabineros el cargamento; pero esa señal, ya convenida, me anuncia que todo está en salvo, hombres y mercancias.—Ahora puedes irte cuando gustes, y te desafio á que consigas atrapar ni un solo hilacho.

FRAN. Ah! tunante! Bien, bien jugado! Aqui estoy de mas. (*Haciendo ademan de irse.*)

MAR. Adios, primo; buenas noches.

JUAN. y FRAN. Buenas noches.

FRAN. (*bajo á Juan, yendo con él hácia la puerta.*) Sabes, primo, que he visto por mis propios ojos, que tu cueva está bien abastecida, y que los carabineros podrian venir á visitarla, si yo tuviese el capricho de avisarlos... constitucionalmente?

JUAN. Cómo?.. Tú has visto?..

FRAN. (*Ssñalando á sus ojos.*) Por mis propios ojos! Pero duerme tranquilo... somos primos, y aunque me ofrecieran el grado de capitan, no turbaria tu primer noche de boda. Sin embargo, toma tus precauciones para en adelante, porque, primo y todo como soy, cumpliré mi deber, militarmente hablando.

JUAN. Bravo, Francisco, eres todo un hombre, (*Dándole la mano.*) y te doy las gracias.

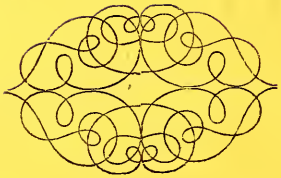
FRAN. Ea! el último vaso.

MAR. (*Echando vino.*) Si, la despedida.

JUAN. Por la salud de Margarita. (*bebe.*)

MÚSICA.

Piadoso Dios al hombre le dió el vino
para olvidar las penas y el dolor:
Bebiendo, pues, al Hacedor divino
la gratitud mostrémosle mejor.
(*Adelantando, hácia el público.*)
El autor en este instante
tiene un ánsia natural,
y es que el público galante
de un aplauso en el final.

TODOS. El autor en este instante.

FIN.